

cios y obstáculos que ha tenido que vencer para presentar esta clase de espectáculo nuevo en esta Capital, pero todo lo dará por bien empleado si es del agrado del público, que es á cuanto aspiran los que se afanarán por complacerle—*Artistas, dramáticos, zarzuelistas.*”

Gustó *El Duende* y se repitió el día 18 con el agregado de la pieza cómica, también de Olona, *Ojo y nariz*, por la García que hizo el papel de *Victoriana Malayerba*: Iglesias en el de *Bárbaro Chafarote*: Hernandorena en el de *Rinoceronte*, y Poblador en el de *un anciano*. Para tercera función, el 21, la Compañía Dramática-Zarzuelista dejó á un lado el *ramo lírico* y representó el *Antonio de Leiva*, de D. Juan Ariza. En siguientes representaciones puso en escena *Boabdil el Chico*, *Trabajar por cuenta ajena* y otras comedias y zarzuelas.

En el Nacional, la Compañía abrió en 12 de Diciembre un segundo abono con *Llueven bofetones*, de Ventura de la Vega: dió después *Un cuarto de hora*, de Bretón; el 22, á beneficio de Antonio Castro púsose *El Bufón del Rey*, desempeñando por primera vez el papel del *Padre Gorenflot* el beneficiado, que modestamente pidió en los programas indulgencia por atreverse á presentarse en un papel en que había adquirido gran renombre D. Juan de Mata Ibarzábal, que en México, fué quien lo creó. En otras noches se representó con grande aplauso el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, quedando muy bien Fabre en el protagonista, Antonio Castro en el *Mejía*, Josefa García en *Doña Inés*, Ignacio Servín en el *Comendador*, y Viñolas en el *Padre de Don Juan*.

Después de una muy buena representación de *Las memorias del Diablo*, arreglo de Ventura de la Vega, dió en 29 de Diciembre su función de beneficio D. Pedro Viñolas, que habló así al público en su programa:

“Presentar una función digna del culto pueblo á que se dedica, es el anhelo del artista que se consagra á las arduas tareas del arte que profeso. Bajo el apacible cielo mexicano, palpitan los corazones al suave impulso de las pasiones más dulces; y el actor que esto conoce no puede menos que decidirse por una composición dramática, que á una versificación fácil, rotunda, sonora y llena de poéticos encantos, aduna una trama delicada diestramente conducida, y que lleva al espectador, por entre sendas de flores, al término feliz de una fuente llena de unción, de ternura, de moralidad exquisita. Pláceme la idea, lisonjera por demás, de que la función de mi beneficio cumple á mi propósito, y no dudo que los hijos de la opulenta México, dedicarán un recuerdo de su benevolencia, al artista que no tiene más intento que ver coronados sus esfuerzos con un éxito satisfactorio, satisfechos los deseos de sus amigos, y conquistadas las simpatías que forman el risueño cuadro de sus hermosas esperanzas.”

En esa noche se puso en escena la comedia de D. Luis Eguilaz

Verdades amargas, desempeñada por la García, la Uguer, Viñolas, Fabre, Castro y Servín: después fué cantada la *tonadilla á cuatro* “La vuelta del soldado,” por la Chávez, y por Viñolas, Montañés y Munz y el espectáculo concluyó con *Por poderes*, pieza de Bretón.

El 25 de Diciembre empezaron en Nuevo México las funciones de pastorelas y coloquios, de costumbre en esa época del año. Fué la primera la intitulada *San Dimas ó la pérdida del Niño Jesús*, adornada con “los siguientes cantos extraídos de las óperas más conocidas: coro de bandidos de la ópera *Hernani* y coro de *Semiramis*.” se cantó también el Sueño de San Dimas, y se bailó la contradanza pastorel. En el mismo día se presentó en el mismo teatro “la niña María de Jesús Salazar, de edad de siete años, discípula de la Sra. Monplaisir, á bailar el gracioso sonecito *La Melcochera*.” En ese teatro y el domingo 31 se dió la segunda parte del coloquio del 25, titulada *El buen ladrón San Dimas hasta morir en la cruz*: “Cuando la escena lo pida, leo en el programa, entrarán en el patio los bandoleros en compañía de *Dimas y Livia*, á caballo.”

El año de 1855 vió en su día 3 de Enero, el beneficio de Remedios Amador, con *La Conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa; el miércoles 10 se dió la función de gracia de la característica Cruz Salazar, con la comedia de D. Ramón Medel, *Dejar el honor bien puesto*: siguió el 19 el beneficio de Fabre con el drama de Eguilaz *Don Juan Ruiz de Alarcón*; el 26 el de Servín con el drama *El Conde Fernán González*; y por último, el viernes 9 de Febrero, el de la dama joven Fortunata Salazar de Méndez, que fué el mejor de todos los beneficios de la temporada, con el drama de D. José Zorrilla, *Cada cual con su razón*, no por el drama en sí mismo, sino porque á su representación asistió en persona el distinguido y popularísimo poeta autor de *Don Juan Tenorio*.

Con emoción indescriptible, con infantil regocijo, súpose en la Capital que el martes 9 de Enero de 1855, en la mañana había fondeado en Veracruz el vapor “Wye,” su Capitán Leedx, de la Habana, con siete días de navegación, trayendo á su bordo al poeta célebre D. José Zorrilla. Con todos estos detalles dan la noticia los periódicos de la época. El famoso *Heraldo* llevó su entusiasmo al grado “de asombrarse de que tan insigne poeta se hubiese arresgado á atravesar el océano, cuando tan distinguido lugar ocupaba en el Antiguo Continente.” El *Omnibus* creyó ver en ese candor una burla á Zorrilla y fustigó al *Heraldo*, extrañando partiese el embozado ataque de quien, con sus palabras, “tan ridículos elogios tributó al coplero D. Eduardo Asquerino.”

El Universal anunció así su llegada: “Ayer, día 14, llegó á esta Capital en la diligencia de Puebla el célebre poeta D. José Zorrilla. Algunos de sus admiradores salieron á recibirle á la Garita de San

Lázaro, ansiosos de conocer á una de las más hermosas celebridades literarias de nuestro siglo. Nada tenemos que decir para excitar el entusiasmo de los habitantes de esta Capital y de toda la República. El nombre de Zorrilla llena el mundo, y México se da el parabién de tener en su seno á uno de los genios más brillantes de la época. Veinte años hace que embelesa con sus armoniosos cantos á todos los amigos de lo bello y de lo sublime, y sin embargo, el Sr. Zorrilla es joven todavía: era un niño cuando subió con pasos de gigante hasta las cumbres del Parnaso. Bien venido sea á nuestro país el dulce trovador de la Antigua España, ya que la fortuna ha querido traer á nuestras comarcas al Píndaro de los tiempos modernos." Zorrilla contaba entonces treinta y ocho años de edad.

D. José Gómez de la Cortina, Conde de la Cortina y Castro, para quien Zorrilla trajo cartas de presentación, quiso hacer la del poeta á los escritores mexicanos, de un modo solemne, y al efecto, dispuso en uno de los salones del Hotel del Bazar un suntuoso banquete que fué servido con elegancia y magnificencia, la tarde del martes 16. A las seis y media comenzaron á reunirse los invitados, entre los que se encontraron: D. José María Lacunza, el Conde de Santiago, el Deán D. José María Moreno y Jove, el Dr. D. José Joaquín Pesado, los Oficiales Mayores, del Ministerio de Justicia, D. Ignacio Anievas, de Fomento, D. Miguel Lerdo de Tejada, y de Relaciones, D. Ignacio Arroyo; D. Agustín Sánchez de Tagle, D. Mucio Valdovinos, D. Javier Cervantes, D. José María Toscano, D. Francisco Sánchez de Tagle, D. Manuel Tornel y Bonilla, D. Ignacio Algara, D. Federico Bello, D. Anselmo de la Portilla, D. Casimiro del Collado, D. Cástulo Barreda, D. José María Roa Bárcena, el Dr. Puig, el Sr. Sanchiz, D. Miguel Cervantes y D. Vicente y D. José Sebastián Segura y Argüelles.

A las siete y cuarto bajó Zorrilla acompañado del Conde de la Cortina y Castro, quien hizo su presentación á las personas allí reunidas. A los postres abrió los brindis el Dr. Moreno y Jove. Siguió Pesado con una composición que concluía así:

“¡Oh musas! dadme flores, dadme rosas,
dadme laurel divino,
con que cifa las sienas victoriosas
del vate peregrino.”

Leyó Lacunza unos alejandrinos, de los que sólo tomo éstos:

“Yo he visto en las mejillas de jóvenes hermosas
tus versos escuchando, las lágrimas rodar;

al resonar tus dramas sentí en nuestros teatros
con estruendoso aplauso el artesón vibrar.”

D. José Sebastián Segura leyó un soneto en elogio de Zorrilla y una octava que dedicó al Conde de la Cortina; brindaron en prosa D. Cástulo Barreda y D. Agustín Sánchez de Tagle, D. Ignacio Anievas y D. José María Roa Bárcena; entre los que en verso felicitaron á Zorrilla se distinguió, como siempre, D. Casimiro del Collado, quien dijo:

“Joven, de locas esperanzas lleno,
del amor de la gloria arrebatado,
pulsé la lira y aspiré á la fama;
mas la razón con bárbaro sarcasmo
mi pequeñez poniendo en evidencia,
heló, tal fuerza tiene la conciencia,
de mi pedestre musa el entusiasmo.
Empero, si ella alguna vez consiente
que de mis gustos siga la corriente,
y que de nuevo cante,
ensalzaré con trompa resonante
de tu genio inmortal las maravillas,
lustre y orgullo de las dos Castillas.”

Zorrilla contestó lamentando que Dios le hubiese negado el don de la palabra y el no haber tenido tiempo para dedicar á México una trabajada composición poética, agradeciéndole la acogida que le dispensaba tan superior á sus méritos: “por eso la agradezco tanto más, añadía, y espero que á mi partida no tendrán que arrepentirse los mexicanos de la benevolencia con que me han recibido. . . . Confío en Dios que esta madre adoptiva no se avergonzará jamás de haberme tenido por hijo, y que el recuerdo que de mí le deje le probará que yo tengo en más la reputación de hombre honrado que la vanidad de la gloria mundana.” Zorrilla concluyó brindando por la prosperidad de las letras mexicanas y por la perpetua fraternidad de mexicanos y españoles. Lástima fué que más tarde hiciese todo lo contrario.

La emoción sentida por el poeta, casi no le dejó concluir; sus ojos se llenaron de lágrimas y los concurrentes todos fueron presa del más ilimitado entusiasmo, sobre todo cuando Zorrilla se prestó á leerles dos ó tres de sus celebradas serenatas, dedicada una de ellas á la Condesa de Teba, entonces Emperatriz de los franceses. Incomparable lector, el poeta encantó y admiró á aquella reunión, que se disolvió pasadas las once de la noche dejando en quienes la formaron gratísimos recuerdos.

A este convite, que tuvo sus visos de aristocrático, siguió otro mucho más animado y más sencillo y fraternal, que ofrecieron á Zorrilla los bohemios literatos de aquellos días, y digo bohemios, porque en ese entonces aun no hacían ostentación de su fortuna los pocos que llegaron á adquirirla. El convite, celebrado en el Tívoli de San Cosme la mañana del domingo 21 de Enero, lo constituyó un almuerzo, creo que modesto, pues *El Universal* no se extendió á más que á decir "que la mesa estuvo regularmente servida." A ella sentáronse, además del poeta obsequiado, Anievas, Vicente y Sebastián Segura, Losada, Luis Gonzaga Ortiz, González Bocanegra, Arróniz, Cuéllar, Zarco, Roa Bárcena, Bello, Collado, Portilla, Patiño, Escalante, Elguero y otras muchas personas cuya enumeración sería demasiado larga, reinando allí la más franca alegría y la más correcta familiaridad, sin que faltase la una ni se excediese la otra, hasta la muy avanzada hora de las tres y media de la tarde, en que se disolvió la reunión, amenizada con la lectura de buenas composiciones, entre ellas varias serenatas y la *Plegaria á la Virgen*, de Zorrilla. D. José Sebastián Segura elaboró, sin que muchos de sus oyentes alcanzaran á percibir su armonía, los dos exámetros siguientes:

"Canto de Zorrilla triunfos en férvidos himnos;
Magníficos lauros ciñen su frente serena."

En compensación, el delicadísimo poeta Casimiro del Collado (soprino el *Don* porque entonces no era Académico y potentado), deleitó á todos sus amigos y al mismo Zorrilla, con unas deliciosas octavas reales que empezaban:

"De las agrestes rocas do mi cuna
el cantábrico mar meció estruendoso,
arrojóme á estas playas mi fortuna:
por vez primera el corazón medroso
en ellas palpité; de esta laguna
mi primer llanto perturbó el reposo,
y cuando á luz mi mente se entreabría
ya el pesar del destierro la oprimía.
"¡Cuántas ¡ay! de amargura eternas horas
á las fauces del tiempo se empujaron,
de mi salud y esfuerzo vencedoras!
¡Cuántas nocturnas lágrimas surcaron
y aun surcan mis mejillas incoloras!
Memorias de mi patria aquí quedaron,
doquier las hallo y cuanto más las miro
más me inflamo en su amor y más suspiro."

Violencia tengo que hacerme para no copiar una tras otra las once octavas reales, *verdaderamente reales*, que siguen á estas dos. Los que entendiendo á vuestra manera el progreso, no comprendéis á las Musas sino vestidas por Worth, gustando por única ambrosía *fraises au champagne* en un restaurant de *boulevard*, y hablando en elegante francés correctas insolencias, no busquéis esas admirables octavas, modelo de rica poesía, que después de haber tocado en lo pindárico, concluyen mansamente.

"Ay! cuando tornes á la playa ibera
llévate envuelta en el luciente manto
de tu oriental soberbia poesía,
una lágrima triste como mía."

No estuvo menos inspirado Roa Bárcena, trayendo á la memoria la Conquista y la Independencia del pueblo mexicano, que ansiando libertad

"Quebranta el yugo, pero nunca olvida
que es el pueblo español el pueblo mismo
que trajo á esta región desconocida,
la civilización y el cristianismo."

González Bocanegra á su vez tuvo un recuerdo para la madre patria, felicitándose de haberla visitado:

"Vióme nacer el suelo mexicano,
la brisa me arrulló de sus pensiles,
y el apacible cielo gaditano
miró correr mis años infantiles."

Arróniz invitó al vate español á pulsar su lira de oro en honra de las magnificencias mexicanas:

"Aquí darán á tu cantar sublime
las montañas nevadas su grandeza,
las roncadas tempestades su fiereza,
y dulce voz la tórtola que gime."

Mas no debo extenderme mucho, y por lo mismo no haré cita de los brindis en verso de Losada y de Cuéllar, de las oportunas y feli-

ces frases de Zarco, de los versos jocosos de Patifio, de las amables improvisaciones de Escalante, Emilio Rey y tantos otros, que una vez más hicieron asomar á los párpados de Zorrilla, lágrimas de gratitud, especialmente cuando sus nuevos entusiastas amigos manifestaron el deseo de que quedase en México un retrato del poeta, debido á pinceles mexicanos, y se ofreció y encargó de ello D. Juan Cordero, el distinguido artista.

Concluyamos estas referencias á Zorrilla, obsequiado por grandes y por chicos, por todos nuestros poetas celebrado con generosa sinceridad, trayendo á la memoria un curiosísimo incidente. Allá por el mes de Noviembre de 1848, los periódicos de México copiaron de los de la Habana, unas quintillas referentes á lo aquí acontecido con Isabel Luna y con los famosos versos que en su álbum puso Bretón de los Herreros: esas quintillas insultaban groseramente á los mexicanos, y comenzaban así:

“Raro destino, Isabel,
tienen las mujeres bellas;
lances, hazañas, querellas,
y á veces guerra cruel
marchan en pos de sus huellas.”

Los periódicos mexicanos publicaron esas quintillas, que son nada menos que cuarenta y una, con el título de *Versos del Sr. Zorrilla contra los mexicanos*. Al insertarlos á su turno *El Monitor*, dijo: “Por conducto seguro sabemos que no es el Sr. Zorrilla el autor de la poesía, sino el Sr. García Gutiérrez: gran sentimiento nos ha causado que el autor del *Trovador* pague tan mal la buena acogida que entre nosotros recibió.” La cosa quedó así y olvidáronse los versos por más de siete años, hasta la venida de Zorrilla, época en que, habla *El Universal*, “no sabemos si con buena ó mala intención se puso esta especie en conocimiento de Su Alteza Serenísima.” Su Alteza á quien el autor de las tales quintillas insultaba varias veces, diciéndole entre otras cosas:

“y detesta nuestro trono,
nuestro regio pabellón,
quien tiene por dueño un mono
vestido de Napoleón . . .”

juzgó que el asunto merecía ponerse en claro, y con fecha 28 de Enero ordenó por el Ministerio de Gobernación que el Superintendente de Policía, Gral. D. Antonio Díez de Bonilla, hiciese comparecer al

ciudadano español D. José Zorrilla, para que juramentado en forma dijese si los tales versos eran ó no producción suya. Díez de Bonilla y su Secretario D. José G. Brito, cumplieron ese mismo día con lo que se les ordenaba, y Zorrilla se vió obligado á comparecer y á declarar, si bien lo hizo con gusto, como una nueva muestra de cariño á los mexicanos. Negó de la manera más absoluta que los versos fuesen suyos; protestó que si antes de venir á México hubiéralos conocido y sabido que corrían bajo su nombre, no habría pisado el país sin contradecirlos; pidió se publicase el expediente, y concluyó afirmando que sólo por calumnia podría seguirse atribuyendo su paternidad, pues, son sus palabras, “los que todavía lo crean, se engañan: los que todavía lo aseguren, mienten.”

El relato de la estancia de Zorrilla en México, de las mil y una composiciones que le dedicaron los poetas de la Capital y de los Estados compitiendo en entusiasmo y en lisonjas, no corresponde á estos artículos que sólo por incidencia han podido hacer relación á su personalidad distinguida; la primera composición escrita en México por el poeta español, fué una oda que leyó al reinstalarse el 7 de Febrero de 1855 la Universidad de la Capital, y comienza

“Dios me dió un corazón franco y sincero.”

Pero con lo que encantó á todos sus oyentes fué con su *Serenata morisca* “Las rosas mexicanas,” basada sobre este estribillo:

“De las flores preciosas — americanas,
dicen que sois las rosas — las mexicanas.
Pues si sois tales,
yo soy la mariposa — de los rosales.”

Lástima, vuelvo á decirlo, que el insigne poeta no haya sido para México que tanto le quiso, el hombre que á sí mismo pretendió pintarse así en su citada oda de la Universidad:

“Mi voz, del potentado á las regiones
no levantó jamás á cambio de oro
ni vendidas ni hipócritas canciones,
ni se ha unido jamás al torpe coro
que loa de quien vence las acciones,
su dignidad hollando y su decoro.”